

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Sermon de Sexagésima.

*Exiit qui seminat, seminare semen suum....
Semen est verbum Dei.
Luc. 88.*

Salió el que siembra
á sembrar su simiente...
La simiente es la palabra de Dios.

Cristianos oyentes. El Evangelio que acaba de cantarse, empieza á tener su cumplimiento, toda vez que es llegada la época escogida por la Iglesia para emprender con solícito anhelo y amoroso ardimiento una de las operaciones mas delicadas, y penosas en la agricultura espiritual de las almas. Vendrá, pues, el ministro de Cristo y dispensador de sus misterios, á cumplir su encargo de sembrador, y lo que sembrará, es simiente escogida

en los graneros del Evangelio, palabras divinas, doctrinas sublimes, traídas del cielo para luz, alimento y medicina de las inteligencias y de los corazones. Esta simiente es la palabra de Dios, y la tierra donde vamos a sembrarla, son vuestros corazones. Buena es la simiente de la palabra divina, limpia, granada, eficazísima como que, si llega á caer en buena tierra, en corazones bien dispuestos, es segura una cosecha del treinta, del sesenta y aun del ciento por uno. Pero ¿de qué servirá tan buena y copiosa simiente si no hubiese tierra donde sembrarla? Si no hubiese sembrador de la palabra divina, ¿podriais oirla? *¿Quómodo audient sine prædicante?* ¿De qué os serviría traer bien preparada la tierra de vuestros corazones? Pero si vosotros no venis á oír la

predicación cristiana; si mirais con indiferencia un deber tan sagrado é ineludible, ¿qué haré yo con tan preciosa y abundante semilla despues de haberla sacado con tanto trabajo de los profundos y misteriosos graneros de las Santas Escrituras?

Al intento de obligaros á seguir el ejemplo de los turbas que de todas partes concurrían á escuchar la doctrina de Jesucristo, voy á ponderar la excelencia, eficacia y necesidad de la palabra divina. Y como en vano siembra el que siembra, si Dios no da el incremento, pidamos la luz, el rocío y el calor de la divina gracia, que haga fructificar la simiente de la doctrina celestial, poniendo por Mediadora á la Reina de los Apóstoles y de los Confesores y saludándola con el Ángel, *Ave María*.

Exiit qui seminat etc.

La palabra de Dios es aquella preciosa semilla de que nos habla el Evangelio de este día. «Sale el que siembra á sembrar su simiente.» Este sembrador no es otro que el Hijo de Dios, sabiduría eterna que salió del Padre por un acto purísimo de su entendimiento; Palabra infinita, inmensa, omnipotente, que Dios pronunció con su boca desde toda la

eternidad, y en la plenitud de los tiempos tomó carne en las purísimas entrañas de una Virgen; y viendo que no había en el mundo simiente divina, vino cargado de limpia y sana doctrina, y comenzó á ejercer personalmente el oficio de sembrador, diciendo. «*Haced penitencia.*» (1) Y como se lee en S. Lucas: «Iba Jesús por los campos, ciudades y aldeas predicando y evangelizando el reino de Dios.» (2) Escogió luego doce sembradores y les confirió el encargo de cultivar el inmenso campo del mundo, lleno á la sazón de errores y de vicios. Yo, les decía, os he tomado del mundo para que vayais y traigais fruto, y vuestro fruto sea permanente. (3) Id, pues, por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura. Y los Apóstoles fueron y entre lágrimas y penalidades, arrojaban en los surcos de la tierra sus preciosas semillas: *Euntes iban, et flebant, mittentes semina sua.* No había pasado mucho tiempo cuando volvieron con júbilo, presentando al Dueño de la heredad ricas y abundantes cosechas, logradas á costa de sudores y penalidades, á saber; corazones arrancados al vicio, almas liberta-

(1) Matth. 4.

(2) Luc. 8.

(3) Joann. 15.

das de vergonzosa esclavitud, pueblos iluminados por los resplandores de la fé, naciones enteras conquistadas para Jesucristo, para la verdad, para la civilización, para la pátria de los bienaventurados. *Vinientes autem venient cum exultatione, por tantos manipulos suos.*

Era, pues, en nombre y por virtud de Dios cómo los Apóstoles adoctrinaban á las naciones, y la semilla que esparcían en el campo del mundo, se recibía como palabra divina, traída del cielo á la tierra por la Palabra eterna para llenar de resplandores los dilatados y oscuros horizontes del mundo moral, sumido en un abismo de errores y vicios, merced á la palabra falaz y mentirosa de extravagantes filósofos y cínicos poetas. La simiente que depositamos en vuestros corazones, la palabra que os predicamos, es la misma que brotó del corazón de Jesucristo, y predicaron los Apóstoles. No es la palabra de Platon, de Aristóteles, de Seneca, de Senoponte, de Ciceron; ni es palabra humana, sino palabra divina. *Semen est Verbum Dei.* Aunque esta palabra procede de la boca del Predicador, no es suya, sino de Dios que os habla por su conducto, diciendo el Salmista: No sois vosotros los que

hablais, sino el Espíritu Santo que habla con vosotros y por medio de vosotros. No os afaneis, discurrendo cómo y en qué forma habeis de hablar, porque en aquella hora se os dará lengua, boca y sabiduría tan poderosa, que no podrán resistirla los adversarios de la luz y doctrina de Dios. Por eso dice David: El Señor dará la palabra á los que evangelizan, palabra de maravillosa virtud y eficacia sobre los entendimientos y corazones. La lengua del predicador es la pluma del Espíritu Santo que escribe con velocidad en vuestros corazones las palabras del cielo y la doctrina de salud. El movimiento de la pluma y los pensamientos que traza sobre el papel, no son de la pluma sino del que escribe. Así, h. m. el predicador no es otra cosa que la pluma de que se sirve el Espíritu Santo para estampar en vuestra alma las verdades divinas y las bellezas de las virtudes. De aquí la obligación de escuchar la palabra divina, impuesta por Dios á todos los hombres, á los sábios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los jóvenes y á los ancianos; porque la palabra del ministro de Dios no es como la palabra de los hombres, *non verbum ho-*

num, dice el Apóstol (1). Yo no humillaré jamás la frente; no rendiré jamás mi inteligencia ante la palabra de un hombre aunque ese hombre brille con la llama del genio, aunque broten de su lengua raudales de sabiduría. ¿Sabeis por qué? Porque ese hombre puede engañarme; porque ese hombre puede ser un malvado que abusa de los dones del Criador para pervertir y corromper á sus criaturas. Pero apenas suena en mis oídos la palabra divina, bajo la frente y abro mi corazón á esa palabra porque es la verdad, el camino y la vida.

Yo me sublevo contra esos predicadores de la mentira que prometen luz y crean las tinieblas, que anuncian libertades y forjan cadenas, que apartan á los hombres de los caminos de Dios y los empujan á los abismos de la incredulidad y del crimen, que llaman fanatismo á la piedad, tiranía al poder de la palabra católica, esclavitud vergonzosa á las sumisiones y rendimientos de las almas creyentes cuando ellos pretenden avasallar inteligencias y corazones bajo el yugo de su palabra, que brota de un corazón esclavo de errores groseros y de pasiones vergonzosas. Y por des-

gracia abundan ejemplos tristísimos de la funesta tiranía que tales hombres ejercen sobre una gran parte del género humano.

Z. M.

VARIETADES.

La primera Misa por Luis XVI.

—
III.

(Conclusion.)

Se quedó éste un momento suspenso, con los ojos fijos en él; y tomándole por uno de esos pobres convencionales que habian entregado una cabeza inviolable y sagrada, á fin de conservar la suya, continuó en un tono grave:

—Pensad, hijo mio, en que no basta para ser absuelto de semejante crimen el no haber cooperado; los que estaban en el deber de defenderle y no le defendieron, tendrán una gran responsabilidad delante del Rey de los cielos.

—¿Creeis,—le preguntó el desconocido estupefacto,—que una participacion indirecta será castigada?

—Si.

—¿Y el soldado que mandó formó en las filas, es culpable?

—No.

El desconocido, tomando esta última respuesta por una solución favorable á las dudas que al parecer le atormentaban, no insistió y le dijo al Sacerdote con cierta negligencia, mas con viva ansiedad:

—Me sonrojaria de ofreceros un honorario cualquiera por la Misa que acabais de celebrar por el alma del rey. No

(1) 1.^a ad Thesal. 2.

se puede pagar una cosa inestimable, sino por una ofrenda que lo sea también. Dignaos, pues, señor, aceptar el presente que os hago de una reliquia santa. Día llegará, tal vez, en que comprendáis el valor.

Al concluir estas palabras, le presentó una pequeña caja, extremadamente ligera. El Sacerdote la cogió maquinalmente, porque las solemnes palabras de aquel hombre, su tono, el respeto con que tenía la caja, todo le había causado la más extraña sorpresa.

Entonces entraron en la habitación donde les esperaban las dos religiosas.

—Vosotras,—les dijo el desconocido, estais en esta casa más seguras que en ninguna parte de Francia. No la abandonéis. Almas piadosas subvendrán á vuestras necesidades, y vosotras podreis esperar sin peligro días mejores.

—Dentro de un año, el 21 de Enero (aquí el hombre se conmovió de nuevo involuntariamente), si adoptais este triste lugar por asilo, vendré á asistir con vosotras á la *Misa expiatoria*...

No pudo continuar; saludó á los muchos habitantes de aquella pobre casa, echó su última mirada sobre todo lo que allí revelaba una suma indigencia, y se fué.

IV.

Para las dos inocentes religiosas, una aventura semejante tenía todo el interés de un romance. Así es que tan pronto el venerable las informó del misterioso presente, hecho con tanta solemnidad por el desconocido, pusieron la cajita sobre la mesa, entrándoles á todos ellos la más viva curiosidad.

Mlle. de Charost la abrió, y encontró en ella un largo pañuelo de batista finísima, que estaba salpicado de algunas manchas de sudor. Después de haberle examinado á la luz con la más escrupulosa atención, reconocieron unos puntos casi negros y un sombreado claro como si se hubiese empapado en algo.

—Es sangre, dijo el Sacerdote con un profundo quejido.

Las dos hermanas dejaron caer la pretendida reliquia con horror.

Para estas dos almas sencillas, el misterio en que se había envuelto el desconocido llegó á ser inexplicable: en cuanto al Sacerdote, no intentó siquiera este día darse explicación alguna.

Los tres prisioneros no tardaron en percibir, aun en lo más fuerte del terror, que una mano protectora estaba extendida sobre ellos. Desde luego recibieron leña, provisiones, ropa blanca y algunos vestidos para que no les reconociesen. A pesar del hambre que afligía á París, ellos encontraban á la puerta de su casa cestillos de pan blanco que les llevaban manos casi invisibles y de todo punto desconocidas.

Los nobles habitantes de aquella humildísima vivienda no podían dudar que su protector no era otro que el personaje que había ido á que se celebrase la *misa expiatoria* la noche del 21 de Enero de 1793.

También ellos esa noche y día pedían á Dios por su bienhechor, por su prosperidad y salud. Frecuentemente, muy frecuentemente hablaban de él y hacían el propósito de darle mil y mil veces las gracias la noche en que volviera, según

su promesa, á celebrar el triste aniversario de la muerte de Luis XVI. Esta noche, con tanta impacencia deseada, llegó al fin.

A su mitad se sintieron los pesados pasos del desconocido en la vieja escalera de madera. La estancia estaba dispuesta para recibirle; el altar preparado. Esta vez las hermanas abrieron la puerta al punto, y ambas se apresuraron á alumbrar la escalera. Mlle. de Chavort llegó aun algunos peldaños para ver más pronto á su bienhechor.

—Venid,—le dijo con una voz conmovida,—venid, os estamos esperando.

El hombre levantó la cabeza, echó una mirada á la religiosa y no respondió nada. Ella sintió como que un frío general se apoderaba de su cuerpo y no habló mas.

Entró el desconocido, y á su presencia el reconocimiento y la curiosidad se sepultaron en todos los corazones.

Los tres pobres reclusos comprendieron que este hombre queria quedar incógnito para ellos y se resignaron. Oyó la misa, oró y desapareció, despues de haber respondido con algunas palabras negativas de pura cortesia á la invitacion de participar de una pequeña colacion que mademoiselle de Chavort habia aderezado para obsequiarle.

Hasta que el primer cónsul estableció el culto católico, la Misa expiatoria se celebró misteriosamente á las puertas de la ciudad. Cuando el sacerdote y las religiosas pudieron descubrirse sin temor, no volvieron á ver al desconocido. Este hombre quedó en su memoria como un enigma.

Las dos religiosas, de cuna ilustre, encontraron bien pronto socorros en sus familias, de las cuales algunos miembros habian sido borrados de la lista de emigrados y volvieron á sus ocupaciones ordinarias: ellas contaron á sus parientes y amigos los medios con que pudieron subsistir durante el Terror, la mano de Dios que las asistia, la Misa expiatoria, etc.

El Sacerdote, que por su cuna, sus buenos oficios y su mérito, podia esperar á un Obispado, quedó en París y llegó á ser el confesor de muchas familias aristocráticas del barrio de San German.

No concluiremos sin decir á nuestros lectores, que el misterioso desconocido no era otro que Sanson, el verdugo mismo de Luis XVI, como su nieto lo declara en sus *Memorias*.

H DE BALZAC.

—==—

CABEZAS BLANCAS.

—

MI HIJO JUAN.

No puedes acordarte de tu abuelo.

Cumplias tres años y yo treinta y dos, cuando él cerró para siempre aquellos sus ojos serenos y expresivos que tantas veces con una mirada me dieron una bendicion ó un consejo.

Tu abuelo tenia la cabeza blanca, sus canas brillaban mucho, y el cadejo que sus hijos le cortamos cuando ya estaba muerto, y que es hoy nuestra mas preciosa reliquia, conserva todavia aquel resplandiente brillo que parecia formarle una aureola.

Quando seas hombre, verás si Dios para velar tus pasos me conserva la vida, que ya tendré yo tambien esa nieve que tanto llama la atencion de los niños en la cabeza de los ancianos.

Al referirme á las canas de tu abuelo, nacidas en su largo destierro, cuando nos tenia lejos y soportaba con resignación cristiana grandes penalidades en Europa, digo en unos versos que á tí y á tus hermanos he hecho aprender de memoria:

La amarga proscricción y la tristeza en su alma abrieron incurable herida es un anciano y lleva en su cabeza el polvo del camino de la vida.

Adopté este similitud porque lo creí el mas verdadero de cuantos pueden aplicarse á las canas.

Nacen estas por ley natural, cuando, despues de haber recorrido la senda del mundo, faltan los juegos de la vida á tiempo que faltan al corazón las ilusiones y las alegrías.

Una cabeza blanca, es para mí tan venerable, que no puedo menos, al verla, de sentir impulsos de tomarla entre mis manos y cubrirla de besos.

¿Sabes por qué, hijo mío? Porque era en, mi santa costumbre besar en todas partes y cada vez que la tenia cerca la venranda cabeza de mi padre.

Mas que su ancha frente atraian mis labios sus canas. ¡Cuántas de ellas nacerian al calor de los pensamientos consagrados á mi porvenir, á mis combates diarios con la suerte, y últimamente á mis secretas amarguras!

Justo era y gratisimo que yo ungiere con besos de amor y de veneración aquellos blancos hilos de nieve.

Muchas veces así me curaba de mis dolencias humanas. Herido por la ingratitude, por la calumnia, por el engaño por la envidia ó por el odio, iba á buscar á tu abuela, y al besar sus cabellos blancos, me sentia consolado y reanimado.

Lo que en mí era negro tomaba frente á sus cabellos blancura y brillo.

Eran hilos de nieve, y nada me ha comunicado mas calor de vida que esos hilos.

Ningun otro beso se ha filtrado en on-

das de santa fruición hasta el fondo de mi alma.

La muerte desbarató aquella nieve acumulada en su cabeza por las brisas de la ancianidad, y no puedo, hijo mío, conformarme con no encontrarla cuando la busco.

¡Qué amarga es la orfandad en todas las edades!

Mira siempre con amor y con veneración la cabeza de un anciano. Ha pensado mucho, se ha coronado con las agudas espinas de la experiencia, y está próximo á recostarse en una almohada blanca como ella, pero dura y fria: la losa del sepulcro.

Respetá á los ancianos; saben mucho, sufren mucho, han perdido mucho y no esperan nada.

Sábelo y compláceme, hijo mío; hay noches en que surge de entre mis sueños una cabeza circundada por un brillante nimbo de blanca luz; quiero tomarla en mis manos y coronarla con mis besos, pero se pierde en la sombra, se retira y se vá... apenas puedo enviarte mi beso etéreo, impalpable, á través de un abismo que no se mide ni se describe.

Es tu abuelo que se asoma en mis recuerdos á mi ar mis amarguras....

Pobre de mí, que aun quiero besar sus canas como en aquellos dias en que, asido de mi brazo, daba sus últimos pasos sobre la tierra.

Hoy duerme el eterno sueño, pero está despierto en mi amor, en mi memoria y en mi corazón....

¡Hijo mío, descúbrete con devoción delante de las cabezas blancas!....

Así era la de tu abuelo: así verás mi cabeza cuando seas hombre; así será la tuya cuando yo, como aquel que me dió el sér, me ausente de tu lado para no volver á verte nunca. Dios bendice al que respeta á los ancianos.

JUAN DE DIOS PEZA.

Trigésimo primero aniversario de la sexta aparición de la Virgen en Lourdes.

El 21 de Febrero, día de la sexta aparición y la tercera de la quincena, era domingo.

Antes de salir el sol, un gentío inmenso hallábase ya reunido delante y alrededor de la Gruta, en las orillas del Gave y en la pradera. Era la hora en que acostumbraba á ir Bernardita, que llegó por fin envuelta en su capuchita blanca. Algunos instantes después se vió desfigurarse su rostro volviéndose radiante. Aquella pobre aldeanilla, tan vulgar en el estado ordinario, parecía no pertenecer á la tierra. Era el ángel de la inocencia, dejando el mundo tras sí por un momento y cayendo en adoración en el instante de entreabrir las puertas eternas y contemplar el cielo. Y ¡cosa admirable aunque la contemplación de la Virgen llena de gracias absorbiese completamente su atención, conocía cuanto pasaba en torno suyo.

Una vez se apagó su cirio, y extendió la mano para que lo volviese á encender la persona más cercana. Quiso uno tocar el rosal silvestre con un palo, y ella hizo vivamente señal de que lo dejase, expresando su semblante terror. «Temía, dijo después con naturalidad, que se tocase á la Señora y se la hiciese daño.»

Después dió la niña, arrollidada, algunos pasos hacia el interior de la Gruta. La Aparición había cambiado de sitio, pudiendo entonces verla Bernardita, sólo por la abertura interior.

A través de la abertura exterior de la roca, la mirada de la Madre de Misericordia pareció recorrer en un momento toda la tierra, volviéndose después impregnada de dolor hacia Bernardita, que continuaba de rodillas.

¿Qué teneis? ¿Qué es preciso hacer murmuró la niña?

Rezar por los pecadores, respondió la Madre del género humano.

Al ver el dolor, velando como una nube, la eterna serenidad de la bienaventurada Virgen, el corazón de la pobre pastora sintió repentinamente un cruel sufrimiento. Su fisonomía cambió de expresión, repartiéndose una indecible tristeza por sus facciones. De sus ojos abiertos siempre extraordinariamente y fijos en la Aparición, se desprendieron dos lágrimas, que rodaron por sus mejillas, donde se detuvieron sin caer.

Por fin un rayo de alegría volvió á alumbrar su semblante, porque la Virgen había vuelto sin duda, su mirada hacia la esperanza y contemplado en el corazón del Padre la inagotable fuente de la misericordia infinita, descendiendo sobre el mundo en nombre de Jesús y por las manos de la Iglesia. En aquel instante desvaneciése la Aparición. La Reina del cielo acababa de volver á su reino.

La aureola, según costumbre, continuó todavía algunos segundos; después se borró insensiblemente, como una bruma luminosa que se funde y desaparece en el aire.

Las facciones de Bernardita descendieron poco á poco, pareciendo que pasaba de la región del sol á la de la sombra, y la vulgaridad de la tierra tomaba posesión nuevamente de aquella fisonomía, trasfigurada un momento antes. Ya no era más que una pobre pastorcilla, una humilde aldeana, que en nada se diferenciaba, aparentemente, de los demás niños.

En torno suyo se oprimía la multitud, anhelante, ansiosa, conmovida, llena de recogimiento.

